

COMEDIA.

LA BUENA CRIADA.

DEL DOCTOR CARLOS GOLDONI.

TRADUCIDA Y VERSIFICADA

POR FERMIN DEL REY,

CORREGIDA DE NUEVO POR EL MISMO.

PERSONAS.

Doña Laura.....
Doña Isabel.....
Feliciano, criada.....
Don Fernando.....
Don Nicasio.....
Don Alberto.....
Don Felix.....
Damian.....
Nicolás.....
Don Tadeo, Escribano.....
Tres testigos que no hablan.....

ACTORES.

Sra. Josepha Luna.
Sra. Manuela Munteis.
Sra. Maria del Rosario.
Sr. Antonio Robles.
Sr. Vicente Garcia.
Sr. Joseph Morales.
Sr. Francisco Lopez.
Sr. Antolin.
Sr. Miguel Garrido.
Sr. Vicente Romero.

JORNADA PRIMERA.

Salen: Salen Don Nicasio, Don Alberto y un criado.

Nic. Aquí podemos hablar sin reserva, ni recelo: oyes, si mi muger viene, avisame. *vase el criado.*

Alb. Fuerte imperio tiene sobre usted, amigo, la nueva esposa.

Nic. La quiero: qué tiene usted que mandarme?

Alb. Querido amigo, yo vengo á esta casa estimulado de la amistad que tenemos, y de un fondo de piedad que interesa mis afectos.

Ayer ví al pobre Fernando llorar con tal desconsuelo, que me hería el corazon. Pues Don Nicasio, á un mancebo de aquellas prendas, echarle de casa con tal despego, y ocasionar su ruina? qué causa hubo para esto?

Nic. Mientras él estuvo en casa jamas nos faltaron pleytos.

Alb. Pues con quién gritaba ese hombre?
Nic. Gritaba con todos, pero principalmente á sus furias, mi muger era el objeto, nada le gustaba, y nunca la quiso guardar respeto.

A

Alb.

Alb. Ah! estas madrastras: hay pocas que tengan algun afecto á los hijas ros.

Nic. Amigo, mi esposa es como un cordero, y para agradaarla, basta saberla llevar el génio.

Alb. Para eso es menester que haya mudado temperamento.

Yo me acuerdo que Mauricio su esposo, que esté en el cielo, decia que era insufrible; y asegura todo el pueblo que le hizo morir á fuerza de insultos y sentimientos.

Nic. Yo tambien le he conocido: él era un hombre violento: ella es algo puntosilla; con que para evitar cuentos, seguirla el humor. Yo, nunca la contradigo, la dexo decir y hacer quanto quiera, y de esta suerte no hay pleytos entre nosotros jamas.

Alb. De ese modo bien lo creo.

Callará si hace su gusto, pero Fernando:—

Nic. Confiso.

que me duele su desgracia.

Alb. Pues dele usted acogimiento en su casa como padre.

Nic. No; por ahora no puedo.

Alb. Felix, el hijo de vuestra esposa está poseyendo lo que es del pobre Fernando.

Nic. Y yo que culpa le tengo?

Alb. Pero á lo menos, amigo,

(perdone usted si me excedo)

sitúele un regular

decente mantenimiento

para que pueda vivir.

qué ha de hacer en estos tiempos con diez pesos cada mes?

Nic. Mi muger dice (y lo creo)

que le bastan quatro reales

al dia, y sobra dinero.

Alb. Y de eso han de mantenerse

él y la criada? *Nic.* Pero

que necesidad tiene él

de criada? Nada de eso:

Feliciana nació en casa,

en casa se casó, y luego

enviudó en ella tambien.

por qué partiò de ligero,

y se fue con él? Amigo,

mucho me ha disgustado eso.

Alb. No apruebo su ligereza,

pero si mal no lo entiendo,

la madre de Feliciana

crió á Fernando á sus pechos;

y así dice que le quiere

como á hermano, prefiriendo

padecer con él miserias,

á gozar sin él inmensos bienes.

Nic. Ve aqui lo que dice

mi muger. No hay duda; ellos

se querian demasiado,

siempre andaban en secretos,

y mormuraban sin rienda

de Isabél. No hubo remedio:

fue preciso separarle de casa.

Alb. Y estareis viendo

que inspire naturaleza

en una criada, afectos

mas piadosos que en un padre?

vamos, amigo, acogedlo en casa.

Nic. Le acogeré.

Alb. Pero quando?

Nic. No tan presto.

Hablaré hoy á Isabelita

en su favor, y veremos.

Alb. Bien; confio en sus bondades.

Pero en tanto él me ha propuesto

le ruege á usted que le envíe

para su preciso aseo algun quarto.

Nic. Pero yo:—

Alb. Le podrá usted negar esto?

un hombre de sus caudales

escaseará á un heredero

suyo el pequeño interés

de unos veinte, ó treinta pesos?

Nic. Yo se los daré.

Alb. Pues vaya,

yo á llevarselos me ofrezco.

Nic. Pero antes deberé hablar,

con mi muger.

Alb. A qué efecto?

Nic. Es que están en su poder

las llaves de todo. Luego

se los pedire yo mismo.

Alb. Ya, sin embargo, recelo.

Nic. Yo aquí no he oido de nada.

Ella es quien tiene el gobierno

de la casa, y la familia.

Yo descanso. Don Alberto.

casese usted, y verá qué bello vivir.

Alb. Yo tengo una hija soltera en casa, y el hombre de entendimiento, al segundo matrimonio no lleva hijos del primero.

Sale Isabel.

Isab. Digo. Yo no he menester á la puerta.

Nic. Qué es esto?

Alb. Señora!

Isab. Soy muy de usted, oyes, ese mensagero quería impedirme el paso.

Nic. Su amo dijo...

Alb. Que en viniendo tu te dejara pasar.

Nic. Es verdad amigo? No es verdad terrible

ap.

Isab. Caballero, tomará usted chocolate, pues viene á favorecernos.

Alb. Mil gracias; ya le he tomado.

Isab. No lo extraño. Lo primero que yo hago, es darle á mi esposo el desayuno, y almuerzo, me interesa conservar á mi pobrecito viejo.

Nic. Qué sinceridad! bendita seas mil veces! Don Alberto, casese usted.

Alb. Si lo hiciera mas sería en el supuesto de encontrar una muger como esta Señora.

Isab. Debo á usted mucho honor. *Nic.* Qué tal? No tiene merecimiento para un jovencito esposo?

Alb. mas mi amada Isabel, creo que está contenta conmigo.

Isab. Hermosa mía, no es cierto? *Nic.* Ay hijo! ni por un Rey te trocará.

Alb. Qué embeleso! puede enternecer á un bronce.

Isab. Señora, ya que en vos veo que muger de prudencia, que quiere con tanto extremo á su marido, execute

una accion digna de un pecho generoso y compasivo, interponga usted sus ruegos para que venga Fernando.

Isab. Fernando? no hablemos de eso.

Si él entra por una puerta, me irá por otra corriendo.

Nic. No, vida mia, no dudes...

Alb. Pero, Señora, qué ha hecho?

Isab. Muchas insolencias, muchas faltas de crianza, y ménos importara todo, si no me perdiera el respeto.

Nic. Lo oye usted? ya se lo dije.

Isab. Es temerario, soberbio, presumptuoso, y en fin, tiene todos los defectos.

Nic. Y bien? á Alberto.

Alb. Todavía es jóven, él los irá corrigiendo. Está acostumbrado á verse acariciado

Isab. Y qué no he hecho con aquel irracional?

yo le trataba lo mismo que una madre, yo le hacia mil finezas, mil obsequios. Pues, y la tal Felicianita? entrambos iban de acuerdo contra mí, vaya, acabose.

Alb. Felicianita es en efecto una criada, y se puede despedir no conviniendo.

Isab. Quanto apuesta usted que el niño se casa con ella presto?

Alb. No lo creais! Felicianita es muger de entendimiento.

Isab. Y bien, si quieren casarse que lo hagan, peor para ellos. Como no sea en mi casa, no les pondré impedimento.

Alb. Pero, Señores á fin de evitar tal desarreglo, deberían admitirle.

Isab. Yo extraño, Señor Alberto, que venga usted á inquietarnos.

Alb. Señora, me mueve el zelo piadoso de buen amigo.

Si usted se enfada, callemos, pero á lo ménos envíe usted á su hijo ese dinero.

Nic. Ah! si...dale, Isabel mia, aquí al Señor, cinco pesos.

Isab. Para qué!

Nic. El pobre Fernando necesita este consuelo.

Isab. Pero, hombre, yo extraño en ti tan poco conocimiento, tu pretendes destruirte por tu hijo. Ves que tenemos mil cosas á que atender, contentese con aquello que le dan. Y usted, Señor, en los negocios ajenos no se introduzca, ni venga á hacer de padre maestro en casa de los demás.

Alb. Basta, Señora, obedezco. Creed que me guardaré de incomodaros, y haré suplicas tan importunas. La compasion, y el afecto armaron mis voces, contra una barbarie sin freno; pero ya, que usted me trata con términos tan groseros, puede ser que alguna vez se haya de arrepentir de ello.

Isab. Cómo?

Alb. A vuestros pies, Señora, amigo, usted está lelo, no importa, contemple mucho á su buena alhaja.

vase.

Isab. A viejo temerario!

Nic. No, hija mia, no te inquietes.

Isab. Vive el Cielol

Nic. Isabel?

Isab. Dejame en paz, amenazarme!

Nic. Si puedo lisongearme de que me amas.

Isab. Vete de aquí.

Nic. No hay mas medio que disimular. Paciencia.

Isab. Yo me vengaré.

Nic. Embeleso mio:-

Isab. Quien puede saber sus tramas, y sus enredos?

Nic. Isabel:-

Isab. Si no me dejas me abandonare á un despecho.

Nic. Chito, chito. A Dios.

vase.

Isab. Capaz es de amotinar Alberto á mi marido. El es docil, se gobierna por mi genio, y no quisiera que acaso

le mudasen sus consejos.

Me importa hacer la fortuna de mi hijo, y si muere el viejo no estando Fernando en casa, y Felix si, me prometo que hará por mí á favor mio, y al de mi hijo el testamento.

Sale Felix.

Fel. Madre, el padre nuevo dice que si la dura á usted el ceño todavía

Isab. Y durará.

Fel. Pues contra quién la tenemos á usted enojada?

Isab. Contra ese insolente de Alberto.

Fel. El mercader, pues qué ha habido?

Isab. Vino á hacer de medianero por Fernando, y sobre todo me ha dicho mil vituperios.

Fel. Lo siento infinito.

Isab. Anda, vé, Felix, búscale luego; dile que tenga mas juicio, y si insiste en sus proyectos vanos, amenazale áseramente.

Fel. Es el cuento que yo no podré enfadarme mucho con él.

Isab. Majadero, por qué?

Fel. Porque tiene una hija que me gusta.

Isab. Escucha, necio.

Faltarán otras mugeres? no te introduzcas, te ruego, con esa familia.

Fel. Tiene la chica un dote soberbio, su padre es rico, ella es hija única, y yo considero, que un matrimonio como este me pudiera hacer provecho.

Isab. Alberto me ha improperado, y yo injuriada, confieso, que le insulté: no querrá á un hijo mio por yerno.

Fel. Una vez que ella me quiere todo lo tenemos hecho.

Isab. Te quiere? cómo lo sabes?

Fel. Lo diría á no saberlo?

Isab. Pero cómo los has sabido? la has hablado?

Fel. Si por cierto; yo la hablé, y ella me habló; la dixé: me dixó: y luego, etcetera.

Isab. A la verdad puedes vivir satisfecho de que te quiere. Yo juzgo mas bien:

Sale

Sale Nicol. Hay Señora, presto
vaya usted, porque mi amo
llora, y se está deshaciendo
á puñadas la cabeza.
Isab. Ay triste de mí! voy luego.
El se habrá desesperado
por el enojo que me ha hecho
tomar. La pasión podría
matar al infeliz viejo,
voy antes que se nos muera,
sin otorgar testamento.
Fel. Cuando digo que me quiere.
Isab. Loco, después hablaremos.

vase con Felic.
Nic. Desde que volvió á casarse,
ha perdido mi amo el seso.
Salon corto, ó casa pobre: sale Felicia-
na con mantilla.

Felic. He acabado mi labor.
Ya no tenia por cierto
calcetas para mudarme,
muchas gracias á mi esmero,
pues guardé este poco de hilo,
que mi ama, que esté en el cielo,
me dió. Ay pobre Felicianal
á donde se fué aquel tiempo?
Ay infeliz Fernando!
pobre amo mio! le quiero
como á hermano. El se crió
á los maternales pechos,
que á mí me dieron la vida,
nos nutrió un mismo alimento,
y despues mi corazon,
que es compasivo, y sincero,
jamás mira las miserias
humanas con menosprecio.
Por no verle perecer,
y si contra él se conjuran,
sin ley, sin honor, sin freno,
una ambiciosa madrastra,
un padre sin sentimientos,
y un intruso irracional,
le asiste en sus desconuelos
una viuda honrada, una
criada leal, y el cielo,
que aunque oprima, no abandona
jamás al merecimiento.
Sale Fern. Ay Felicianal
yo vivo desesperado.
Felic. Muerto? de qué enfermedad?

pues que hay ahora de nuevo?
Fern. He hablado, como tu misma
hoy me aconsejaste, á Alberto.
Felic. Y no quiso oír á usted?
Fern. Antes bien, con aquel zelo
que acostumbra, se ofreció,
compadecido á mi ruego,
á hablar á mi padre.
Felic. Y que,
no quiere ceder? lo entiendo.
Fern. Por la madrastra no mas.
Y yo puedo sufrir esto?
Felic. Sosegaos, Señor, un día
encontraremos remedio.
No se consiguen las cosas
asi, de prisa y corriendo.
Yo por ahora habia dicho,
que procuraseis por medio
de ese Don Alberto algunas
socorro, que aunque pequeño,
al pronto nos remediase.
Fern. Aun me niega ese consuelo.
Ah! Yo estoy desesperado!
Felic. Vamos, Señor, con sosiego.
Quiere usted tambien perder la salud?
Fern. Si ya no tengo donde aspirar.
No se como lo he de hacer hoy,
ni que habemos de comer.
Felic. Ya se verá.
Fern. Quanto tenia algun precio
ya se ha empeñado y vendido,
y tu tambien te has deshecho
(pobre muger) de tus bienes,
nos hallamos á postreros
de mes, y no me socorre
mi padre. Habrá sufrimiento?
Felic. Poco á poco, mire usted,
vivamos siempre contentos,
y sin pensar en tristezas,
que ya nos ingeniaremos.
Digo, ya están acabadas
las calcetas. Otro extremo?
Fern. Ay Felicianal! tu me haces
enternecer, lo confieso.
Felic. Por qué? pues poco motivo
os doy para enterneceros.
He acabado las calcetas,
las venderé y comeremos.
Fern. Oh Dios! Felicianal! mia,
tu amor, tu bondad, y tu zelo
me sorprenden, y en mis ojos
reprimido el llanto...

Felic. Bueno esas son debilidades.

Fern. Verte por mí en tan diverso estado...

Felic. Pero si digo... que yo...vaya...bien. Tratemos

llorando y reprimiendo el llanto.

de otra cosa. Estas calcetas

que hoy he acabado, salieron

un poco estrechas, y cortas;

son muy finas demas de eso

para mí; ya meditaba

venderlas, las venderemos,

y algun dia podrá usted pagarme.

Fern. Pluguiera al cielo.

Felic. Yo á usted no le quiero dar

nada de valde ya tengo

hecha la cuenta de todo.

Fern. Si mi padre...

Felic. Entonces quiero

todo el salario por junto.

Fern. Pero en tanto...

Felic. En tanto, veo

que usted no sabe pagarme

sino en quejas y lamentos.

Señor, no nos aflixamos,

sin duda mudará el tiempo,

quién sabe? animo, constancia.

En fin, voy á vender presto,

vuelvo á casa, dispondré

qualquier cosa, y brindaremos

á la salud y alegría.

Señor, el mayor despecho

y la mayor pesadumbre

que á los enemigos vuestros

podeis causar, es sufrir

constante los contratiempos,

reir con indiferencia,

y hacerles ver, que aun sufriendo,

á pesar suyo, sabeis

y podeis vivir sin ellos.

Fern. Ah compasiva, muger!

tu eres mi único consuelo.

El cielo te ha destinado

para confortar mi pecho

en las desgracias. Será

posible hallar en el suelo

una muger de mas noble

corazon? yo no lo creo.

Dentro Nicol. Ha de casa.

Fern. Este el criado es de mi padre.

A qué efecto viene aquí?

Nic. Se puede entrar?

Fern. Entra.

Nic. POCO me detengo.

que está el amo. Y Feliciano?

Fern. Ha salido ahora.

Nic. Lo siento.

Fern. Qué la quieres?

Nicol. Solo verla.

Fern. Presumo que vendrá presto.

Qué hace mi padre?

Nicol. Ah pobrete!

casi llorando le dexo.

Fern. Llorando! Y porqué lloraba?

Nicol. Como tiene tan mal génio

su muger, no le queria

hacer carocas. Tan presto

rinen, como se acarician.

Valiente par de muñecos!

Fern. Sabe su debilidad.

Nicol. Quedan en un aposento

los dos juntos, y yo voy

á un recado de secreto.

Fern. A qué recado?

Nicol. A que venga

un Escribano corriendo.

Fern. Escribano? para qué?

presume hacer testamento?

Nicol. Discurro que si.

Fern. Ah inhumanos!

ah seductores perversos!

Nicol. Mi ama lo dixo entredientes.

Fern. Si, por privarme... lo creo?

y encontraste al Escribano?

Nicol. No le encontré. Me dixeran

que no estaba en casa, y yo

dexé el recado.

Fern. Ya entiendo,

qué podré hacer en tal lance?

Y el quien es?

Nicol. Un Don Tadeo de...etcetera.

Fern. Dónde habrá ido

Feliciano! estoy muriendo.

Nicol. Tardará mucho en venir?

Fern. Yo no lo sé.

Nicol. Es que la tengo

que dar aquí cierta cosa.

Fern. Qué cosa?

Nicol. No se lo puedo decir á nadie.

Fern. Por qué?

Nicol. Por qué? porque me avergüenza.

Fern. Vamos, dimelo.

Nicol. La traygo

un jamon, y medio queso.

Fern. Bien: y se lo habrás robado

Nicol. Una vez que ellos
chupan, chupe yo también.

Fern. Y viva yo pereciendo.

Nicol. Si usted quiere.

Fern. Picaron, no se roba.

Nicol. Si lo cierto se ha de decir,
yo tampoco sé lo he robado
á su dueño.

Fern. Pues cómo ha venido á tí?

Nicol. El hijastro un día de estos,
sacó dos espuelas llenas,
yo le tuve el candelero
para robar, y él me dió
estos despojos.

Fern. Lo entiendo.

Aquel incapaz destruye
mi patrimonio. Ah perverso!

Nicol. Yo quiero
hablarla también hoy mismo.

Fern. Sabremos qual es?

Nicol. Casarme con ella.

Fern. Ignorante, majadero,
dichoso tú si te hallaras
en grado de merecerlo.

No eres digno de tal suerte.

Aquel corazón tan bello
destinarse á quien no hiciera
de sus virtudes aprecio?

Nicol. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Fern. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Nicol. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Fern. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Nicol. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Fern. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Nicol. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Fern. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Nicol. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Fern. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Nicol. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

Fern. El la quiere para sí,
pero volveré á llevarme
lo que traigo en el talego.

para comprar que comer.

Felic. No lo crea usted, amigo,
Gracias á Dios tengo un amo;

(y no es porque yo lo digo)
que no permite mentarme
quanto á mi estado es preciso,

yo si las vendo, las vendo
porque no las necesito,
y me entretuve en hacerlas
así en los ratos perdidos.

Dam. Ya.

Felic. Qué es lo que usted presume?

pocos juguetes conmigo.

Dam. Disculpeme usted, pues sabe
quanto su bondad estimo;

y que quando fue soltera
tuve ciertos parasismos
de esperanza, que despues
cautamente he reprimido.

sabiendo que Don Narciso
la casó á usted á su arbitrio;

pero así que quedó viuda,
volvieron á darme avisos
los primeros pensamientos,

y á no ser ciertos puntillos,
creo que la propusiera
á usted segundo marido.

Felic. Señor Damian, usted me hace
un discurso peregrino,

yo ruego á usted, ni á ninguno
que me haga ese beneficio?

soy viuda, mas no soy vieja,
no soy bonita; mas no
que si quisiera casarme,

no faltaría un descosido
para un roto. Y que reparos
tendria usted?

Dam. No los digo.

Se que no se piensa en mí.

Felic. Por que ese es un desvario,
usted no vé mi interior.

Dam. Yo hablára, mas sé de fijo
que he de motivar enfados.

Felic. No tal, en el tono mismo
con que usted se digne hablarme
será tambien respondido.

Dam. Pues hija, yo soy un hombre
que acostumbro hablar claro,

la quiero á usted bien, sería
feliz en ser su marido
pero... Esto de estar viviendo
sola con un amo lindo

y

y joven, me escarba un poco.
Fel. Quien hubiese conocido á este joven, no es posible que pueda hacer de él mal juicio. Es inocente como una palomita, y su capricho es tal, que no puede ver á las mugeres.

Dam. Dormido.

Felic. Como?

Dam. Como á la ventana está puesto de continuo, mirando á la Señorita, desde que abren los postigos.

Felic. Damian, habla usted de veras?

Dam. La criada me lo ha dicho.

Felic. Yo creo, que si se asoma, será por otro motivo.

Pero qué dice su ama de usted á esto?

Dam. Yo imagino, que tampoco la disgusta.

Felic. Ah! sabe Dios los rendidos que tendrá Doña Laurita.

Dam. No lo creo.

Felic. Pero amigo, su padre querrá casarla grandemente.

Dam. Eso es preciso?

Al menos á ese pelgár no le admitirá por hijo.

Felic. Por qué habla usted así? mi amo tiene un patrimonio rico, y nobles prendas. Me admiran esos términos indignos.

Dam. No lo digo yo? el amor no puede estar escondido.

Felic. Soy una buena criada.

Dam. Acaso lo contradigo?

Felic. Vamos, entre usted á dar á Doña Laurita aviso de que estoy aquí, ó me voy.

Dam. Luego al instante la sirvo.

Felic. Para Fernando, sería este un famoso partido, pero en el estado suyo nadie será tan sencillo, que le ceda una hija suya, sin temor de su peligro. Yo procuro sostener su reputacion, y brillo; pero el mundo habla, y no hay fuerzas en mí para reprimirlo.

Sale Laur. Quién me busca?

Felic. Yo, Señora, que á los pies de usted me rindo.

Laur. A Dios, hija.

Felic. Vengo á ver si un par de calcetas de hilo fino le gustan á usted.

Laur. Veamos, su precio fijo?

Felic. El hilo solo me cuesta treinta y dos reales, no pido por el trabajo, mas precio que el que tenga usted por digno.

Laur. Yo no entiendo mucho de esto, sino te se hace perjuicio, haré que las vean.

Felic. Antes lo celebraré infinito.

Laur. Damian?

Sale Dam. Señora.

Laur. Vé al cuarto de la labor ahora mismo, y dí á Juanita, que vea estas calcetas que envío, y te diga lo que pueden valer.

Dam. Volveré de un brinco; pero si yo las valuase las apreciaría...

Laur. Dilo.

Dam. En quatrocientos ducados.

Laur. Ay mas grande desatino!

Dam. No miro yo á las calcetas, sino al mérito excesivo de aquellas hermosas manos que han enredado estos hilos.

Felic. Ve usted, Señora? se burla.

Laur. No se burla, yo le he oido hablar siempre bien de ti, sientate.

Felic. No, no, suplico...

Laur. Con satisfaccion.

Felic. Por dar

se sientan.
 à usted gusto me resigno.

Laur. Tu sirves à Don Fernando?

Felic. Si Señora, yo le sirvo, y le serviria siempre.

Laur. Es afable?

Felic. Como un niño.

Aseguro à usted, Señora, que no creo haya nacido criatura semejante en el mundo.

Laur. Por qué estilo?

Felic. Portodos. El nunca riñe, aunque tenga mil motivos: siempre está contento; en él no predominan los vicios; finalmente, es un portento de aquellos que no se han visto, feliz la muger à quien le tocase tal marido.

Laur. Pues qué, pretende casarse?

Felic. Le conviene, y es preciso siendo único de su casa: su padre ya es viejo, es rico, y no se debe extinguir la familia por descuido.

Laur. Con qué están rico su padre?

Felic. Cómo? Don Nicasio Brito! cascaras!

Laur. Por qué le ha echado de su casa?

Felic. Quién lo ha dicho? El determina casarse, la madrastra al tiempo mismo quiere mandar sola: el dice: si estoy bajo su dominio no lo puedo executar! Luego entran ciertos puntillos... se forman mil reflexiones. Por lo demás... que delirio! si es la lumbre de los ojos de su padre.

Laur. Pues yo he oído que le libraba muy poco para el sustento.

Felic. Eso es fijo, pero lo hace porque vuelva à casa.

Laur. Y está remiso en obedecer; Si él fuese tan bueno como tu has dicho debiera sacrificar à su padre su alvedrio.

Felic. Ah, bien lo haría! mas...

Laur. Qué, habrá algun enredo. Dilo.

Felic. No hay enredo. Le detiene algun oculto motivo.

Laur. Basta. Por ahora no puedo decir mas.

Felic. Qué lo adivino?

Laur. Nadie mejor que usted puede adivinarlo.

Laur. El recinto de aquella casa parece que le es un poco propicio.

Felic. Una ventanita sola es su delicia, y su hechizo.

Laur. No será la ventanita, mas oculto será el sitio.

Felic. Mas oculto? creo que no nos hemos entendido.

Laur. Llegate más, pues estamos libres de todo registro: está enamorado?

Felic. *acercán las sillas.*

Felic. Si; pero silencio.

Laur. Ha escogido esta casa por vivir libremente à su alvedrio?

Felic. Por comodidad.

Laur. Ya entiendo.

Felic. Decírselo à usted hoy mismo queria, mas no se atreve.

Laur. Decírmelo à mí?

Felic. Es preciso.

Laur. Pues si à tí te quiere, y logra su amor en vivir contigo, que tengo que ver yo en esto?

Felic. No nos hemos entendido.

Laur. No?

Felic. No señora. Ya siento haber hablado.

Laur. Ese tuvo silencio despierta mas mi curiosidad.

Felic. Suplico à usted que no me porfie.

Laur. Pero qué es lo que me has dicho de aquella ventana?

Felic. Yo hablo de la de mi casa, y digón que micamo...

Laur. Se asoma à ella?

Felic. No le ve usted de continuo?

Laur. Ya: pero por qué se asoma?

Felic. Yo me voy... quiere levantarse.

Laur. No, has de decirlo.

Felic. Si mi amo llega à saber que yo el secreto he rompido, pobre de mí!

Laur. Si es tan dócil, no reñirá.

Felic. Es un bendito.

Laur. Qué corazon tan amable! qué docilidad! qué juicio!

Laur. A la verdad, muy modesto y cauto me ha parecido. Le veía en casa siempre; siempre allí.

Felic. Pues, no lo digo? *(tacon.)*
siempre en aquella ventana. *con afec-*
Laur. No hay duda, tambien le he visto.

Felic. Recreandose... mirando...
Laur. A quién?

Felic. A quién? qué bonito
disimulo! Ah picarilla!

Laur. Pero si yo...
Felic. No hay arbitrio

voto à tal, usted me ha hecho
decir mas que yo he querido?

Laur. Pues dime à lo menos...
Felic. Grande obscuridad!

No està visto...
que se muere por usted,

y usted es su único hechizo?
Laur. Yo? como puedo creerlo?

Jamas me ha dado un indicio
de esa pasion! qué ponderas!

Felic. Fernando es muy encogido;
no se atreve...

Laur. Y la madrastra?
Felic. El padre es viejo, y si el hijo

se casa, ó ella se irá
ó renunciarà el dominio.

Laur. Si fuese así, convendria
que hablase à mi padre él mismo.

Felic. Esta mañana discurro,
que dió à su idea principio.

Laur. Le habló de mí?
Felic. De usted sola

no le habló, ni era debido
precipitarse de pronto.

Pero vea usted qué fino
politico-ardid ha usado

para introducirse. Ha visto
la amistad que con su padre

tiene el de usted, y advertido,
fingiendo necesidad,

buscó un aparente asilo
en su intercesion pidiendo

por ella à su padre auxilio;
El de usted, naturalmente

le traerà respuesta, y fío,
que con aquesta ocasion

sabrà entretejer el hilo
de sus discursos, y acaso,

puede quedar concluido el todo.
Laur. Serà difícil

que mi padre le de oídos,
si antes no vuelve à su casa.

Felic. Eso imposible lo miro,

mientras no consiga alguna
señal de ser admitido
en el corazon de usted.

Laur. Y qual seria el arbitrio
que pudieramos...

Felic. Aqui estriva el punto mas vivo
de la dificultad. Vos

le admitierais por marido?
Laur. Si el asunto se conduce

por unos términos dignos,
à la verdad... no dudara.

Felic. Pues nada mas necesito,
oyga usted, y vea si hablo

bien; es fuerza dirigirnos...
Dam. Aquí estoy con la respuesta.

Juana estaba con un libro
y me ha detenido hasta ahora.

Laur. No importa, qué precio ha dicho
Dam. Unos quarenta y seis reales.

Laur. Te contenta?
Felic. No replico yo, señora.

Laur. Pues volvamos
à nuestro discurso.

Felic. Digo...
Dam. Mi amo la llamaba à usted.

Laur. Mi padre?
Felic. Hubiera sentido...

Laur. Yo no le oculto à mi padre
lo que hago; porque es muy digno

de su aprobacion.
Felic. Lo creo.

Laur. Nos veremos.
Felic. Es preciso.

Laur. Te pagaré las calcetas entonces
Felic. Muy bien.

Dam. Suplico
à usted, Señora, es forzoso

pagarselas ahora mismo.
Laur. Si te hace falta,

hecha la mano al bolsillo.
Felic. No importa.

Dam. Hoy no tendrán...
Felic. Ha creído

usted que yo necesite
un interes tan mezquino

para comprar pan? En casa
de mi amo jamás ha habido

escaséz de nada.
Laur. Tóma.

Felic. Señora, no era preciso
tanta prisa; sin embargo,

por obedecer lo admito

Laur. A Dios. Despues hablaremos,
cuidado.

Felic. No me descuido.

Dam. Feliciania mia, yo hablo

de un buen afecto movido,

y usted se ofende al instante.

Felic. Usted ha formado un indigno

concepto de mi, y de mi amo,

y es porque no està advertido,

de que hay cinquenta doblones

dentro de cierto bolsillo

apartados para usted,

si sale como es debido

cierto empeño.

Dam. De qué clase?

Felic. Mi amo... venga usted conmigo,

y se lo explicaré.

Dam. Al punto

voy... mas mellaman, preciso

es acudir. Nos veremos.

Bien dice un refran antiguo,

que donde menos se piensa

salta la liebre.

Felic. Un propicio

acaso, me ha franqueado

fixar un grande principio.

Ahora falta superar

los obstáculos indignos

que nacen de esta madrastra.

Si yo encontrará camino

de hablar en esto à su padre,

se alegraria infinito.

Entre tanto sostendremos

la reputación del hijo,

à cuyo fin, no rehusó

forxar algun embolismo

à la similitud de este.

Quántas mentiras se han dicho

para hacer mal? yo presumo

que será ménos delito

usar una vez de alguna

que sirva de beneficio,

y exaltando la virtud,

de à la malicia el castigo.

JORNADA SEGUNDA.

Calle: sale Fernando y despues Felicia-
na con mantilla.

Fern. Injusta muger, llegaron
à lo sumo tus cautelas!

Sale Feliciania.

Felic. Alegria

Fern. Jamás tuve mas motivo de tristeza,
mayor causa de llorar.

Felic. Pues yo traygo buenas nuevas.

Fern. Yo muy malas.

Felic. Usted siempre.

Qué hay ahora?

Fern. Esa perversa

muger induce à mi padre

à que otorgue con presteza

su testamento.

Felic. Pues cómo?

Se sabe por cosa cierta?

Fern. Nicolás me lo ha contado;

que iba à toda diligencia

à buscar por orden suya

al Escrivano.

Felic. Me dexa

sorprendida esa noticia.

Pero en fin, aunque así sea,

ella no puede privarle

à usted de toda la herencia.

Fern. De mucha parte podrá.

Felic. Pero Nicolás ya lleva

al Escrivano?

Fern. No estaba

en casa, mas ya le dexa

la orden en su estudio.

Felic. X cómo se llama;

si usted se acuerda?

Fern. Don Tadeo.

Felic. Le conozco;

es el mismo que maneja

los intereses de mi amo.

Quien sabe... si yo pudiera

conquistarle.

Fern. Ay Feliciania!

sin dinero no hay idea

bien fundada.

Felic. Con todo eso

hablele usted, y que venga

à casa luego al instante

sin que à lo que viene sepa,

y dexé usted à mi cargo

el exito de la empresa.

Fern. Voy sin tardanza; mas dime

primero, qué buena nueva

tienes que darme.

Felic. Despues hablaremos;

no se pierda la ocasión.

Fern. Dame ablo ménos

una insinuación.

Felic. Qué temas!

le quiero casar à usted.

Fern. Qué dices? hablas de veras.

Felic. Y con una moza, que

se que no le descontenta.

Fern. Si yo hubiera de casarme...

Felic. Vamos: à quién eligiera?

Fern. No es ocasion de decirlo.

Felic. Pues vaya usted à eso! apriesa.

Fern. si en tan triste situacion.

no me tuviese mi estrella,

tu, benèfica muger,

dueño de mi mano fueras.

Felic. Yo ya tengo conocido,

que mi amo se desvela

por Laurita, pero el pobre,

que su estado considera,

se abate, y le falta brio

para declarar su idea.

Gran fuerza tiene amor, pero

el hambre tiene mas fuerza.

Salé Don Alberto.

Alb. Aquel està Querida, vengo

buscando à usted.

Felic. Ay en qué pueda

servir al Señor Alberto?

Alb. No sois quien unas calcetas

hoy ha vendido à mi hija?

Felic. Si Señor; yo soy la mesma.

Las han pagado, tal vez,

con exceso?

Alb. Aunque eso fuera

no soy hombre que reparo

en tan civiles materias,

pero hagame usted el favor

de no atravesar mis puertas otra vez.

Felic. Por qué motivo?

cometió mi inadvertencia

en ellas alguna accion

indigna del honor de ellas?

Alb. No digo tal; pero en caso

de que yo servir la pueda,

envie à llamarme donde

practico mis diligencias,

y obedeceré gustoso.

Felic. Pues ya que usted me franquea

tanto honor he de rogarle

que una merced me conceda.

Alb. Diga usted, que en quanto valga

procuraré complacerla.

Felic. Quisiera, que me digese

usted, qué motivo tenga

para negarme su casa.

Alb. He sufrido una insolencia

hoy por hablar à favor

de Fernando, y no quisiera

ni aun saludar à ninguno

que de su casa dependa.

Felic. Muy bien; estoy persuadida,

mas yo temi que estuviera

usted enfadado conmigo.

Alb. No, no.

Felic. Creeré que usted sepa,

que aunque pobre, soy muger

muy honrada.

Alb. Quién lo niega?

Felic. Y que en casa del Señor

Nicasio, viuda, soltera,

casada, ni en tiempo alguno,

he dado causa à que pueda

murmurar de mis acciones

la mas libertina lengua.

Alb. Es verdad.

Felic. Y si con su hijo

me resolví à salir de ella,

fue movida de piedad,

de compasion, y clemencia.

Alb. Eso... no todos lo creen

del modo que usted lo cuenta.

Felic. Pues qué creen? se persuaden

que pueda ser yo una de esas

mugeres prostituidas?

yo se que usted no lo piensa,

porque un hombre de su clase,

de su honradez y prudencia,

no es capaz de pensar mal

de nadie, mas si entendiera

que hubiese en el mundo alguno

de condicion tan perversa

que mi decoro manchase,

aunque soy muger, tuviera

valor para darle muerte,

para arrancarle la lengua,

sacarle el vil corazon,

y deshacerle en papeas.

Alb. Fuego de Dios! no, querida;

por mi puede usted estar cierta

de que la he tenido siempre

por la muger mas honesta

del mundo.

Felic. Pero à su casa

no permite usted que vuelva?

Alb. No he dicho ya los motivos?

hace la gatita muerta,

y luego salta à las barbas

mas viva que una centella.
Felic. Pues qué culpa tengo yo
 si mi amo; y su muger necia
 han usado con usted
 de acciones menos discretas?
Alb. Es que no quiero dar causa
 para que otra vez me pierda
 Doña Isabel el respeto:
 de cuyo insulto proceda
 verme obligado à emprender
 resoluciones mas serias.
Felic. Perdoneme usted, Señor;
 que ahora se equivoca, y yerrá:
 una regular venganza,
 en ocasiones diversas
 es util. Para tomar
 satisfaccion de la quexa
 que tiene usted justamente
 de la madrastra, debiera
 favorecer, y asistir
 à Fernando en su miseria.
Alb. Digo: en sabiendolo como
 se condenaria ella?
Alb. Pero qué puedo hacer yo
 por este mozo? si fuera
 pariente mio, tal qual.
Felic. Eso presto se remedia.
Alb. Cómo?
Felic. Quiere usted grangearse
 un titulo, y dependencia
 sobre Fernando, y poder
 protegerle sin reserva,
 castigar à la madrastra,
 hacer rabiar al tronera
 del hijastro, y aun el padre?
Alb. Vaya, cómo se pudiera?
Felic. Admirale usted en su casa,
 y cásele en la hora mesma
 con Laurita.
Alb. A espacio, que esto
 no es hay una friolera.
Felic. Bien sabe usted que es Fernando
 hijo único, y que las rentas
 de su padre han de ser suyas,
 aunque el mundo se opusiera.
Alb. Bien está, pero à mi hija
 no la falta la riqueza,
 es única, y yo no quiero
 casarla de esa manera.
Felic. Hace usted bien: sin embargo,
 hablemos de esta materia
 no mas que por pasa tiempo.

Si mi amo en casa estuviera,
 como debia, gozando
 de su paternal herencia,
 tendria dificultad
 usted en darle la bella
 mano de su hija?
Alb. Ninguna.
 Sin reparo se la diera.
Felic. Y quien sabesi el entonces
 la admitiria? Por esta
 causa imaginaba yo
 (pues la ocasion abre senda)
 que usted mérito tuviese
 en su bien. De esta manera
 de agradecido à lo menos,
 darà su condescendencia
 primero que sus parientes
 otra boda le prevengan.
 En fin, usted desconfia:
 no le parece esta idea
 regular. Qué hemos de hacer?
 si usted no quiere, paciencia.
Alb. Escuche usted, Feliciania.
 Asuntos de consecuencia,
 como el que se está tratando,
 no se resuelven de priesa.
 Encuentro dificultades,
 pero sabria vencerlas
 en caso... Deme usted tiempo
 de reflexionar siquiera.
Felic. Y si entre tanto acaece
 novedad que digna sea
 de atencion?
Alb. Ir à avisarme.
Felic. Pero como? no se acuerda
 usted de que no puedo ir
 à su casa?
Alb. Oh! usted venga
 quando quisiere: Ya he visto
 su honestidad, y modestia;
 y sé que puedo fiarme.
Felic. Bien está... Yo no quisiera...
Alb. Quando usted quiere que su amo
 se case, muy bien se dexa
 ver que no dicen verdad
 los que su virtud condenan.
Felic. Es así; pero no à todos
 el honor se manifiesta,
 porque están sus corazones
 poseidos de vilezas,
 y no pueden sugerirles
 sino villanas ideas.

Alb. Buena muger tiene juicio: me alegro de conocerla: han movido sus palabras mi atencion, y su propuesta tal vez...

Sale Fel. Señor Don Alberto?

Alb. Qué querrá este calabera? *ap.*

Fel. Dios guarde á usted.

Alb. A usted tambien.

Fel. Mi Señora madre besa á usted las manos.

Alb. Estimo su atencion.

Fel. Haya paciencia, que tengo que hablar un poco sobre asuntos que interesan.

Alb. Ahora estoy de prisa, amigo.

Fel. En dos palabras se encierra todo el caso.

Alb. Vaya, pues.

Fel. Señor, mi madre desea, que me case.

Alb. Yo me alegro.

Fel. Y me han mandado que venga para esto á hablar con usted.

Alb. Pues soy yo, el cura?

Fel. No piensa en que hable al cura: me envia al mercader á derechas: no es usted mercader?

Alb. Soy.

Fel. Pues á usted va la baretá.

Alb. Muy bien, si se necesita alguna cosa que penda de mis negocios, en casa hay muchachos con quien puedan tratar; porque yo no cuido de eso.

Fel. Con que dá licencia usted de que yo lo trate con la muchacha?

Alb. Usted sueña: la muchacha? digo, que con los mancebos se entienda.

Fel. Tiene usted hijos machos?

Alb. No tengo sino una hija-hembra.

Fel. Muy bien está. Y usted dice que yo me entienda con ella.

Alb. Pues qué mercancía busca usted, Señor?

Fel. Ay tal flema! mi Señora madre quiere que me case.

Alb. Y que le venda yo á usted para hacer las galas las estofas y las telas.

Fel. No me envia por vestidos.

Alb. Por qué envia?

Fel. Por la nuera.

Alb. Y quién es esa Señora?

Fel. Mi suegro es un poco bestia: no tiene usted una hija?

Alb. Ah! si, ya entiendo.

Fel. Pues esa.

Alb. Manda usted otra cosa?

Fel. Nada mas.

Alb. Estoy á su obediencia.

Fel. Quedamos en eso?

Alb. Pues. *Fel.* Está hecho?

Alb. Y dicho. *Fel.* Pues venga á hablar con mi madre.

Alb. Tengo ahora un poco de prisa.

Fel. Qué la tengo de decir?

Alb. Digala usted lo que quiera.

Fel. Salto y brinco de contento.

Sale Nicol. Por qué?

Fel. Tengo una gran nuera que darte, Nicolas mio.

Nicol. Si? pues dimela, qué esperas?

Fel. Pues amigo, me he casado.

Nicol. Y con quién?

Fel. Eso quisieras saber tú para reirte.

Nicol. Dimelo. *Fel.* No te dé pena, aciértalo, y te convido á media libra de peras.

Nicol. Es con...

Fel. Tampoco, tampoco.

Nicol. Será...

Fel. No es esa, no es esa.

Nicol. Pero hombre, dexame hablar, no me vayas á la lengua.

Fel. Si no puedes acertarlo...

Nicol. Pues dílo.

Fel. Allá voy.

Nicol. Rebienta.

Fel. Con la hija de Don Alberto.

Nicol. Si han tenido una quimera mi ama y él, cómo?

Fel. Mi madre misma me ha dado licencia para tratarlo.

Nicol. Y que dice Don Alberto á la propuesta?

Fel. Que está hecho y dicho.

Nicol. Ola, ola!
y has hablado tú con ella?

Fel. Qué ella? *Nicol.* La novia.

Fel. Yo no.

Nicol. No? pues si á la vez primera
no sabes caerla en gracia,

todo se perdió.

Fel. Qué piensas que ella diga?

Nicol. Dila: hermoso
uracan de mis potencias,

luego que vi ese cabello...

Fel. Si no se le he visto, bestia.

Nicol. Pues vamos por otra parte.

Dila: al mirar esas negras lucas.

Fel. Lucas negras? cuáles?

Nicol. Las de sus ojos, bábica.

Fel. Tampoco he visto sus ojos.

Nicol. Ni sus ojos, ni sus cejas?

Fel. No.

Nicol. Pues qué has visto? su boca?

Fel. La he visto, pero cubierta
con la mantilla.

Nicol. Muy bien;

pues dila de esta manera:

yo enamorado, Señora

de vuestra mantilla bella...

Fel. Borrico, si las mantillas
no enamoran.

Nicol. Pues tronera,

si tu no has visto otra cosa
para enamorarte de ella.

Fel. He visto, y no he visto tonto...

A Dios, que voy á dar cuenta
á mi madre de que ya

compuesto queda el asunto.

Nicol. Si será verdad.

Sal. Dam. A Dios paisanito.

Nicol. Damian, llegas á buena ocasion.

No sabes que estoy de boda?

Nicol. De veras? pues quién se casa?

Nicol. Mi amo. *Dam.* Con quién?

Nicol. A que no lo aciertas?

Dam. Dilo. *Nicol.* Con la hija del tuyo.

Dam. Con la hija de mi amo? sueñas?

Nicol. Cierto: como que no falta
sino es una friolera.

Dam. Y que es?

Nicol. Que quiera la novia,

Dam. Y es friolera ella?

pero querrá: ya le tiene
alguna inclinacion ella.

Nicol. Pues como se inclina á un tonto?

Dam. Feliciano es quien gobierna
esos asuntos.

Nicol. Qué tiene que ver
en esta materia Feliciano?

Dam. Ella es quien pone
Don Fernando se interesa.

Nicol. Don Fernando? punto y coma.

Dam. Por qué motivo?

Nicol. Porqué esta
boda se hace con Don Felix,

y tú todo me lo truecas.

Dam. No has dicho que con tu amo?

Nicol. Tambien lo es.

Dam. Braba prebenda!

y con ese ha de casarse
Doña Laurita?

Nicol. La misma.

Dam. No creo tal disparate;

pero sea enhorabuena:

me he alegrado de saber
cosa que tanto interesa,

y se lo voy á contar á Feliciano.

Nicol. Hombre; espera,

que yo puedo equivocarme.

Dam. Ah picarillo! nouelas.

Tu quieres trocarlo ahora,

pero ya no es tiempo.

Nicol. Dexa que allá compongan
la trama, y despues...

Dam. Si yo quisiera

callar, se me sentaria

el secreto hecho postema

en el estómago: suelen

ser las resultas muy puercas,

y asi es mejor bomitarle.

A Dios.

Nicol. Y que á mi me diera

la bomitona: á mi amo

le contaré que se enreda

por acá otro casamiento,

para que no me acontezca.

Salon: Don Nicasio y Doña Isabel.

Nic. Venga el Notario otro dia,

que hoy estoy desazonado.

Isab. Querido, de algunos tiempos

á esta parte, siempre te hallo

melancólico: qué tienes?

Nic. El apetito no es malo.

Isab. Dice el Médico que casi

todos los hombres ancianos,

quando á la muerte se acercan,

suelen comer demasiado.

Nic. Ya me deseas la muerte? *Dama.* Paciencia.

Isab. Estás delirando? *Nic.* mas deseó tu salud, que la mía, y por fundados motivos.

Nic. Quales, mi bien?

Isab. El primero, porque te amo.

Nic. En eso estamos iguales. En mi vida te he agraviado.

Isab. El segundo, es que si tu falleces, en tal estado, que he de hacer, pobre de mí?

Nic. No hallarás quien te ame tanto como yo, no.

Isab. Tengo un hijo grande, y sin empleo. Estamos enseñados à vivir sin conocer los trabajos de la incomodidad. Muerto tú, recelo que Fernando nos arroje de la casa, cruelmente temerario, y este será el justo premio de haberte querido tanto.

Nic. No te he destinado yo en dote seis mil ducados?

Isab. Si: me has hecho aquella carta, mas no se ha finalizado todavía.

Nic. A mí me han dicho que es válido su contrato: no obstante, por complacerte haré la firme el Notario. Acuerdamelo mañana, que la tengo en mi despacho, aparte para este fin.

Isab. Y despues seis mil ducados de que sirven? si quedase viuda en este desamparo, como viviria yo con un caudal tan escaso, y un hijo à quien sustentaré?

Ah! bien estoy recelando mi desgracia. Bien preveo quantos motivos de llanto tendré por mi demasiada bondad.

Nic. Dueño mio, vamos, no llores. Yo pienso en todo, y remediaré este daño.

Isab. Lo dices, pero no lo haces, quieres que venga el Notario esta tarde?

Nic. Bien, que venga.

Isab. Esto no se hace por acto de necesidad; si, solo por precaucion.

Nic. Sin embargo...

Isab. Tienes tus disposiciones prevenidas para el caso?

Nic. Sí, poco à poco estos dias mi testamento he formado de memoria.

Isab. Acuerdate, quando sea necesario de que Dios te ha dado un hijo legitimo, que aunque malo, tiene tu sangre, y no puedes, ni debes desheredarlo.

Nic. Dios te bendiga, paloma! no obstante ¿te ha injuriado, le quieres bien todavía?

Isab. Y me interesaré en quanto sea beneficio suyo.

Nic. Por fin, cederé en tus manos mi poder, y facultades amplias en un todo, baxo el titulo de heredera universal, consignando à mi hijo lo que quieras, y quedará efectuado el testamento al instante.

Isab. Sin que haya algun embarazo de que yo pueda en el mio beneficiar à mi salvo, à quien yo quiera?

Nic. Se entiende.

Sale Nicol. Señor. *Nic.* Qué vienes gritando y aturdiendonos, qué quieres? encontraste al Escribano?

Nicol. Vendrá esta tarde sin falta, Señor, qué novedad traigo!

Nic. Qué cosa!

Nicol. Doña Laurita se va à casar ipso facto.

Isab. Con mi hijo Felix. Lo sé.

Nicol. No Señora: es al contrario.

Isab. Pues con quien? explícate hombre.

Nicol. Con el hijo de mi amo; y quien traeja el asunto es Feliciano.

Isab. Ah vill!

Nicol. Quando se tratò? como? es posible?

Nic. Si Señor: yo no me engaño.

Isab. Este impensado accidente

se pasea cólerica y abanicándose.
destruye y rompe mis bastos
designios.

Nic. A quietate hija, *siguiéndola.*
Mal hayas tú mentecato

quando has venido.

Isab. Entonces
los derechos de Fernando

hará valer Don Alberto:
ciega estoy,

Nic. Dueño adorado...
vete de aquí bruto.

Nicol. Yo no lo hecho por hacer daño.

Nic. Vete, embustero.

Nicol. Si miento,
rebiente por un costado.

Nic. Vete, infame.

Nicol. Ay, ay, ay, *pase.*
Alebé Felicianal

Isab. Alebé Felicianal
estoy temblando de furor.

Nic. Corazon mío
por Dios, sosiegate un rato.

Isab. Ves tu querida criada:
que pieza nos ha jugado?

Nic. Si; pero sosiegate.

Isab. Dexamé, ó me haré pedazos.

Nic. Orogate el testamento.

Isab. Quando? Nic. Esta tarde.

Isab. Eso aguardo;
y en premio de mis finezas,

Nic. Pero no habre grangeado
solo eso habre grangeado.

Isab. Por ahora en todo caso.
Ah vil Felicianal! presto

Nic. Quanto tiene que sufrir
quien el peso de los años

tolera! quando se muere
si es pobre? si es rico? quando

hace testamento este hombre?
Ah! miserables humanos!

En fin, ya sería tiempo
de que yo fuese pensando
en morir: funesta ideal!

Eh... Vivamos otro rato.
Salon en casa de Fernando, *sale Fe-*

liciana.

Felic. A buena cuenta ya tengo
al notario de mi parte;

conoció en fin la injusticia
que á este jóven se le hace,

y ayudará mis industrias

para conseguir el lance.

Mas lo que Damian me ha dicho,

me descontenta bastante

si es verdad. Doña Laurita

pretende pasar á hablarme

mi amo ha salido: la siesta

facilitará que nadie

la vea entrar; no vendrá mas

hasta que duerma su padre.

sale Fernando.

Fern. Felicianal?

Felic. Hay está usted?

yo creía que fálase

de casa: ea vamos pronto

márchese de aquí quanto antes,

tome espada y sombrero,

y vaya un rato á pasearse.

Fern. Pues por qué?

Felic. Doña Laurita

viene ahora á visitarme,

y no gusta de que Vmd.

esté en la casa, ni nadie

Fern. Pues por qué motivo viene?

Felic. Aun no ha dos horas cabales

que le he dicho á usted, que yo,

yo, me he empeñado en casarle.

Fern. En tanto que mis fortunas

no varien de semblante,

es ocioso tratar de eso.

Felic. Todo se hará.

Fern. Y si variasen.

tengo distintas ideas.

Felic. Distintas ideas? quales?

Fern. Por ahora suspende.

Felic. No; es preciso hacen examen

de este arrano. Le disgusta

á usted Doña Laura?

Fern. A nadie puede disgustar.

Felic. No es una moza en todo amable?

Fern. Si lo es.

Felic. No es hermosa?

Fern. Mucho.

Felic. No es rica, y de buen linaje?

Fern. Si. *Felic.* Pues que dificultad

puede usted tener?

Fern. Muy grande.

Felic. De que suerte?

Fern. Felicianal, como

dexa por Dios de obligarme

á decir mas por ahora.

Felic. Buena gratitud! loable

recompensa le dá usted

al amor mio! negarme,

al amor mio! negarme,

al amor mio! negarme,

al amor mio! negarme,

al amor mio! negarme,

al amor mio! negarme,

al amor mio! negarme,

al amor mio! negarme,

al amor mio! negarme,

ingrato las confianzas de ese corazon variable! Me pensé hacer alguna cosa por usted en este lance, mas no hice, nada, y ya espero ver disueltas en el ayre aquellas nobles ideas, que con estudio tan grande delineaba en su favor.

Fern. Ah Feliciano admirable, no me juzgues capaz de eso. Conozco el bien que me haces, no soy ingrato. Tú misma presto has de desengañarte.

Felic. Pues bien, sino lo es usted con sinceridad me hable, y éste solo sea el premio de mi amor.

Fern. Tu me persuades tanto, que es forzoso hablar. Si el Cielo me dispensare la fortuna de que me hagan justicia, y si llego á hallarme en posesion de mis bienes, razon será que me case, mas tambien será razon que conociendo el realce de tus meritos te elija por dueño mio al instante.

Felic. A mí, Señor? mire usted lo que dice.

Fern. No lo estrañes. A tí sola, que portantos titulos merecer sabes mi amor.

Felic. Vaya, usted se burla.

Fern. No, que éste es el mas constante de todos mis pensamientos.

Así pretendo pagarte tantas ilustres finezas, y una vez que me obligaste á declarar, te repito que no ha de poseer nadie mi mano sino tú, y juro.

Felic. Despacio. Antes de empeñarse con el juramento debe usted mirar como le hace. Permita usted, amo mio, que yo le hable como madre mas bien, que como criada, y llegando á despojarme del amor propio le alumbré para que mejor alcance

á conocerse á sí mismo.

Yo, Señor, aprendí á amarle desde los pueriles años, nos alimentó una sangre misma, y nos fueron comunes unos brazos maternales. Tuve compasion de usted arrojado de su padre, de la madrastra ofendido y de la suerte inconstante opreso, y abandonando mi conveniencia, mi clase, y mi decoro he venido, á asistirle, á consolarle, y (sufra usted que lo diga) he venido á sustentarle con mi sudor: supliré qualquier reparo constante, disimule la tenaz murmuración, sufrí graves penas, faltas de alimento, y otras incomodidades. Todo esto es digno de alguna atencion, ni he de negarle á usted, si algun día puede, que será justo premiarme, pero no hagamos que el premio oscurezca en usted fragil las luces de la razon, y destruya en mí el esmalte de tan noble servidumbre. Si usted me recompensase con su mano, se creeria demasiado interesable el inocente amor nuestro. Dirian lenguas mordaces que no fue nuestra amistad tan licita, y tan loable, y que para que cayese usted en el lazo infame, yo le habia procurado indisponer con su padre. A mí me interesa sobre todo mi honor. Es probable que á usted debe sobre todo su decoro interesarle. Ah, Señor, ni usted lo piense jamás. Si me ama, si sabe agradecer mis oficios, muestrelo con no escusarse á mis consejos. Si el Cielo su infeliz suerte variase,

puede premiar mis cuidados, sin un exceso tan grande, y si aun esto no le agrada, tan amigos como de antes.

Un pequeño dote, cuya cantidad usted guste desapropiar de sus rentas, será un premio muy bastante á todos mis beneficios; y gozando en paz suave sin remordimiento alguno, una fortuna adaptable á mi estado, seré siempre su Feliciania constante, su agradecida criada, y quien en qualquiera lance expondrá por usted solo su corazón, y su sangre.

Fern. A donde vas Feliciania?

Felic. No sé. Laurita viene ya puede usted retirarse.

Fern. Yo quisiera...

Felic. Vámonos pronto.

Felic. Qué admitiéndose...

Felic. Es capsarse vaya usted, y no salga menos que yo no le llame.

Fern. Feliciania mía, no, mi buen afecto desayres; permítame.

Felic. Si habla usted de eso, motivará mi coraje.

Fern. Ah muger sabialos Cielos, me dexen recompensarte.

Felic. Si en mis como en otras muchas, la vil ambicion reynase, aceptaría el partido; mas sé los daños que atraen á interesados amores casamientos desiguales.

Laur. Estás sola, Feliciania?

Felic. Si, pase usted á delante.

Laur. No te has dignado de verme, y así vengo yo á buscarte.

Felic. No merezco tanto honor. Por qué no hizo usted llamarme, y hubiera sido yo á servirle?

Laur. Ahora dueñe mi padre. Ge. sient.

Felic. Obedezco en todo: qué tiene usted que mandarme?

Laur. Sabes lo que ha sucedido?

Felic. No sé nada.

Laur. El ignorante de Don Felix, ha tenido la osadía de arrojarse á pedirme por esposa.

Felic. No es un delito muy grave. Y qué respuesta le dió usted?

Laur. Mi padre me ama demasiado para recelar que se inclinase á sacrificio tan duro.

Felic. Fuera lastima notable.

Laur. No obstante, ha hecho mas por mí que Fernando en esta parte.

Felic. Pues hablo á mi padre, y él aun no ha pensado en hablarlo.

Laur. Hoy determinaba hacerlo.

Felic. Perdona. Yo he de explicarme con libertad. No quisiera que Don Fernando se hallase poco inclinado á mi amor.

Laur. Pero yo pienso lisonjearme por cumplimiento. Yo le amo aun mas de lo que tu sabes, y quisiera que arregladas sus conveniencias llegasen á proponermele; pero no lo logro asegurarle de que me ama, mi pasión no es todavia tan grande, que no le pueda borrar del corazón con su imagen, evitando sus miradas, y sus infelicitades.

Felic. Esos mismos pensamientos á mi amo le combaten.

Duda tambien, que un tratado, que por tóceros se hace, empeñe mas el afecto que el interes despreciable de civiles conveniencias.

Me parece á mí que en clase de matrimonio, debían los contratados hablarse una vez antes de todo, para que se asegurasen de su mutua inclinacion.

Y entre ustedes será facil.

Laur. Como? Fernando no puede ir á mi casa, ni es dable, si mi padre no le admite.

por esposo mio antes
entonces ya no hay remedio,
y es inútil el examen.

Felic. No pudiera usted venir,
ó por mañana, ó por tarde
secretamente algun dia
con el pretexto de hablarme
(como ahora) y estando aquí
el novio verse, y tratarse?

Laur. Y si se llega á saberse
Felic. Como ha de saberlo nadie?

Laur. Y quando ha de ser?

Felic. Muy pronto.

Basta que usted quiera darme
la palabra de venir

siempre que yo le avisare.

Laur. Si puedo vendré sin duda.

Felic. Me dá usted palabra?

Laur. Baste decirlo una vez. La doy.

Felic. Pues sírvase usted de darse
por avisada.

Laur. Quando?

Felic. Ahora.

Laur. Para qué?

Felic. Para que hable
mi amo con usted.

Laur. Adónde?

Felic. Aquí.

Laur. No puedo esperarme
á que venga.

Felic. Ya ha venido?

Laur. Como usted.

Felic. Como usted gustare.

En aquella sala está.

Laur. Feliciano, ¿tu me haces
esta traición?

Felic. Qué traición?

He enviado yo á llamarle?

Laur. Le has dicho á Damian?

que habia salido ya?

Felic. Eso es constante.

Laur. Y ahora?

Felic. Ahora ya ha venido.

Laur. A Dios, no puedo aguardarme.

Felic. Y la palabra?

Laur. De qué?

Felic. De venir quando avisase yo.

Laur. Pero he dicho si puedo.

Felic. Ahora no lo impide nadie.

Laur. Feliciano, dexame ir.

Felic. Será posible que falte
usted á su palabra?

Laur. Ah! que eres
muy astuta. Me engañaste.

Felic. Ya voy: fingiendo que la llaman.

Laur. Quién te llama?

Felic. Mi amo.

Laur. Tu amo? confusion notable!

me habra visto?

Felic. Si no es ciego, yo creo que sí.

Laur. Otra tarde vendré á verte.

Felic. Es escusado.

Señora usted se persuade

que soy alguna muger,

de quien no pueda fiarse?

Qué puede usted recelar?

si yo he de oír quanto hablaren?

La honestidad, el rubor

y timidez, son loables

hasta cierto punto, pero

parecen extravagantes

quando se exceden. Mi amo

está allí, entrará á buscarle,

se ven ustedes, se hablan,

tratan sus dificultades,

quedan de acuerdo los dos,

y se vá usted al instante.

Laur. Oh Dios! Qué he de hacer?

Le espero, si me ire? Terrible lance!

Esta muger me ha dexado

confundida y vacilante.

Salen Feliciano y Don Fernando.

Felic. Vamos, salga usted aquí fuera,

será menester rogarle?

Fern. No quisiera que creyese

á Laurita, que por mi parte.

Felic. Qué ha de creer? En creyendo

que usted desea casarse

con ella, no es menester más.

Laur. Tendrás algunos pares

de calcetas como aquellas

que á mi casa me llevaste?

Felic. Oh! si señora! tendré

quantas calcetas gustare,

pero si hablamos de novios,

no hay mas que el que está delante.

Fern. Quien solicita rendido,

señora, que usted le mande.

Laur. Beso á usted las manos.

Felic. Vaya: esto empieza á gobernar.

Laur. A Dios, Feliciano mia.

Felic. Tan pronto?

Laur. Duerme mi padre.

Felic. Pues si duermo, puede usted

entretenerse un instante.

Laur. Habrá tal vez despertado.

Felic. Duerme dos horas cabales.

Tiempo hay. Desde mi ventana

le veo yo levantarse

muchas veces.

Fern. Hoy, señora,
es preciso que yo le hable.
Laur. Tiene usted algun asunto
quizá, que comunicarle?
Fern. Una corta instancia.
Laur. Corta?
Felic. Quiere decir.... (Qué salvaje!)
asi, asi.

Fern. Quanto es mas bella,
que la imagine distante! *ap.*
Laur. Sudo desde los cabellos
hasta los pies. *ap.*

Felic. Qué contraste!
Me parece, que el asunto,
que querrá usted insinuarle,
será acerca de Laurita;
no es verdad?
Fern. Si, lo acertaste.

Laur. Acerca de mí? señor...
Fern. Si yo me lisonjeease
de merecer...
Felic. Pobrecitos!

No aciertan á declararse;
ellos hablan poco, pero
sus ojos dicen bastante.

Fern. Señora, superaré
el rubor que me distrae,
y diré que muero amando...
a usted...

Felic. Lindo! Me complace.

Laur. No merezco igual fineza... pero...
Felic. Qué pero? adelante.

Laur. De qué le estimado siempre
puede usted asegurarse.

Felic. Qué más quiere usted? si dice
que le estima!

Fern. Honor tan grande... señora...
Laur. El merecimiento
de usted, superior le hace
hacerle mi atencion.

Fern. Y si logro
que el Señor Alberto abraze
mi proposicion, su hija
la querrá admitir afable?

Laur. Por qué no.

Fern. Y de la fineza
suya podré asegurarme?

Laur. Sin duda.

Fern. Permita usted
que en esta mano afiance mi dicha...
Va á tomarla la mano y Feliciana lo
impide.

Felic. Poquito á poco,
Señores. Bueno está. Baste.
fué preciso averiguar
si eran de un propio dictamen
las inclinaciones de ambos.
Ahora que ya se sabe
se ha de tratar el asunto
con la decencia mas grande,
y antes de dar una mano
ha de saberlo su padre.

Laur. Por Dios, Feliciana mia,
no pretendas sonrojarme.

Calla. Beso á usted las manos. *vase derecha.*

Fern. Donde...

Felic. La estorva usted en valde.

Fern. Tu la has disgustado.

Felic. Ay cosa... *burlandose.*
acabó de despertarse el señorito.

Fern. No tengo
el corazon de diamante.

No ignoras lo que te he dicho
te ofrecí sin adularle

mi mano, mas si la escusas,
y á los peligros me traes,

no soy tronco, y si lo fuese
me hiciera el amor tratable. *vase izq.*

Felic. Bien está, vayase usted
á desahogar á otra parte.

Si alguno me hubiese visto
en escena semejante

sin duda me hubiera honrado
con el nombre respetable

de tercera: pero así
podrían tambien llamarse

todos aquellos que tratan
un lícito y puro enlace

matrimonial. Sabrá el mundo
mi conducta; quando alcance

que he tenido corazon.
para rehusar constante

un esposo rico, y joven,
una fortuna envidiable,

y una ocasion ventajosa,
por acreditar lealtades,

por escrúpulos de honor
y por empeño admirable

de una amistad verdadera,
pura, sencilla, y constante.

JORNADA TERCERA.

Sala en casa de Don Nicasio con puerta
interior á un lado, sillas, mesa, escriba-

nia y luces. Salen Doña Isabel y Nicolas.

Isab. Anda, vé à mirar si viene el Notario y quando venga avisame, y haz que suba por la interior escalera à este aposento.

Nicol. Muy bien.

Isab. Qué hace tu amo?

Nicol. Se pasea por su despacho y suspira.

Isab. Pues corre, dile que venga que tengo que hablarle. A él v. *Nicol.* solo la voz le amedrantan de testamento; Yo juzgo que le asaltan con frecuencia las memorias de su hijo tan contrarias à mi idea, por esto hago bien en no fiarme de sus promesas, y en hacer que determine su disposicion postrera. Es verdad que el testamento puede anular quando quiera, mas no le dare lugar à eso. El viene. Será fuerza divertirlo.

Salé Nic. Qué me quieres, hija?

Isab. Ven aqui mi prenda, qué tienes? Por qué motivo suspiras, y te paseas?

Nic. Tengo un flato que me mata, y el movimiento aprovecha mucho.

Isab. Ya te has paseado bastante, sientate llega una silla.

Nic. Si tu quieres, cómo he de hacer resistencia?

Ya se va acercando la hora puede ser que hoy ya no venga el Escribano.

Isab. No pienses ahora en esas frioleras.

Que venga o no.

Nic. El alma al cuerpo.

me vuelve su indiferencia.

Salen por la Puerta secreta Don Tadeo, Nicolas y Feliciano vestida de hombre como su escribiente y se queda detrás.

Tad. A la orden, señores, misos.

Nic. Soy de usted. Maldito seas.

Isab. Quién es, señor Don Tadeo, ese joven, que á la puerta

se ha quedado?

Tad. Es mi escribiente.

Le traigo para que aprenda la profesion. Es muy hábil.

Hace las minutas mientras yo le voy dictando. Copia,

y me sirve.

Isab. Por qué no entra?

Que llegue aqui.

Tad. Usted perdone.

No les doy tanta licencia jamás a mis escribiente.

Llegará quando convenga, y usted alabará entonces su habilidad y destreza.

Isab. Pues Don Tadeo, mi esposo con vivas ansias desea otorgar su testamento.

Nic. Oh! No es tanta la vehemencia de ese deseo. Yo me hallo robusto. Tiempo me queda para pensarlo mejor.

Que sabe usted de la guerra?

Tad. No se nada.

Nic. Pues qué no ha leído la gaceta?

Tad. No por cierto.

Nic. Yo tampoco.

Quereis jugar á la treinta y una?

Isab. Pero, esposo amado, á cada momento truecas

de dictamen. Ahora quiero, ahora no quiero, u deseas burlarte de mi, o pretendes adular à quien se alegra de mis males.

Nic. Ay qué juicios!

Don Tadeo, aprieta, aprieta, salgamos de esp. al instante.

Tad. No ha hecho usted una pequeña

apuntacion de sus cosas por escrito?

Nic. Ni siquiera.

he pensado en ello.

Tad. Pues, señora, de usted licencia para que quedemos solos.

Isab. Pero vos acaso pudiera estarvan

Tad. Usted perdone,

porque mi costumbre es estar

Isab. Nicasio, te acuerdas bien

de tus efectos, y haciendas?

Tendrás bien presente ahora

la disposición postrera
que has hecho, y que has prometido
revalidar en su fuerza?

Nic. A la verdad tengo un poco
aturdida la cabeza,
casi de nada me acuerdo.

Isab. Pues bien. Eso se remedia
con mucha facilidad.

Que Don Tadeo se venga
á mi quarto, y allí haremos
una sumaria ligera

de todo; él te la leerá
después, verás si está buena,
y en quanto á disposiciones

harás lo que te parezca,
y lo que te inspire el Cielo.
Te desagradó la idea?

Nic. No hija mia.
Isab. Don Tadeo,
se hará bien de esta manera?

Tad. Por mí sí. Isab. Pues vámos.
Tad. Narciso, usted no se mueva
á Feliciania que hace cortesía desde

de aquí, y haga compañía
á este caballero, mientras
despachamos este asunto.

Isab. No tiene palabras hechas?

Tad. Es tímido.

Isab. Pues entre él
y mi marido, que amena
conversación trabarán!

Dexemoslos á que duerman
mientras yo velo, y discurro

en lo que me tiene cuenta.

Tad. Feliciania lo hará todo
pues sola con él se queda.

Nic. Dios me saque de este apuro.
Tengo una montaña acuestas.

Amigo, sientese usted.

Felic. Señor de qualquier manera
estoy bien, pero obedezco. se sienta.

Nic. Con que usted, también desea
ser Notario? Felic. Si señor.

Nic. No es empleo de gran renta,
pero de algunos provechos.

Felic. Segun cada uno se ingenia.

Nic. De qué país es usted?

Felic. Señor, yo soy de esta tierra.

Nic. Pues de quién es usted hijo?

Felic. A mi padre y á mi abuela

conoce usted? Nic. De verdad?

No caigo en quien usted sea.

Y á mí me conoce usted?

Felic. Mucho.

Nic. Si? En esotra pieza

me he dexado los anteojos,

no me parece muy nueva

su fisonomia, pero

no acabo de conocerla.

Felic. Con qué usted no me conoce?

Nic. Digo que no en mi conciencia.

Felic. Valgame Dios; y que olvido!

El ayre de aquella puerta

le pudiera ser dañoso,

permita usted que la vuelva.

cierra la puerta por donde entró Isab.

Nic. Si, si ciérrela usted, querido.

Bello muchacho!

Felic. La empresa

requiere osadía, y ya

el mismo riesgo me empeña.

vuelve á sentarse.

Nic. E b'en, diga usted, amigo

quién es si no le interesa callar.

Felic. No oye usted la voz

afeminada?

Nic. Y qué señas

puedo yo deducir de eso?

Felic. Una sola que revela

todo el secreto, que encubre

de este trage la apariencia.

Nic. Es usted muger?

Felic. Si soy.

Nic. Está cerrada la puerta?

Felic. Cerrada está.

Nic. Pues qué es esto?

Dígame usted sin reserva,

que se le ofrece, si es cosa

en que yo servirla pueda.

Felic. Si señor, á usted y á mí

puede servir su prudencia.

Nic. Cómo os llamáis?

Felic. Feliciania.

Nic. Feliciania? Qué, será ella?

mirala con mas atencion.

Felic. Si señor, mireme usted

bien. Vágame Dios, que aprieta

se olvida usted de quien le ama!

Nic. Pero muger, quien creyera

que fueses tu! Demás de esto,

bien sabes que aun de muy cerca

veo poco. Y qué motivo

pue-

puede obligarte á que vengas así?
Felic. El mirar por usted,
 pues quando menos lo piensa
 está vendido.

Nic. Qué dices? quién me vende?

Felic. La cautela
 de una muger falsa.

Nic. Eh, vienes
 con tus antiguas quimeras?

Todos contra esa infelz,
 todos, quizá porque es buena.

Felic. Pero se trata:::

Nic. Se trata
 de no apurar mi paciencia.

Felic. Usted se quiere perder,
 y mi amor:::

Nic. Sino me dexas,
 llamare á Isabel.

Felic. Señor,
 por Dios que usted se detenga,

y no se altere. Yo vengo
 á tanto peligro expuesta

movida de los deseos
 de ver á usted, porque fuera

descredito de mi amor
 tolerar tan larga ausencia.

No gastemos este instante
 en disgustos: vivo cierta

de que usted no necesita
 mis consejos, ni advertencias.

Ea, hablemos de otra cosa.

Está usted bueno? Se acuerda
 usted de mí muchas veces?

Ah Señor, con qué ternura
 le he amado siempre.

Nic. Ah querida
 Felicianita? grandes quejas

tengo de ti. Como Padre
 te quise, y tú en mis postreras

horas me has abandonado.

Felic. Pero me movió la tierna
 compasion de un infeliz

hijo de usted.

Nic. Y en qué piensa, qué hace?

Felic. Pabre! bien se puede imaginar.

Nic. No tuviera
 tanta altivez: culpa es suya.

Felic. Pero en su edad, es conciencia,
 que haya de sufrir:::

Nic. Qué sufre?

Felic. Escasez, hambre, miseria,
 rubor de verse arrojado

con semejante indecencia
 de su casa, y sobre todo
 lo que mas llora, y lamenta
 es no poder estar siempre
 disfrutando la presencia
 de aquel Padre, que en sus años
 pueriles:::

Nic. Basta: no vengas
 á entristecerte. En mi estado
 no he de menester funestas
 reflexiones que me aflijan.

Felic. Es verdad. Soy una necia.
 Mudemos conversacion.
 Se me ha pnesto en la cabeza
 casarme otra vez.

Nic. Bien haces.
 Aun eres jóven; pudieras
 encontrar un buen partido.
 y á la verdad, no es decencia,

que sirvas á un hombre solo, y meo

Felic. Ve aquí mi tema
 No quiero estar mas con él.

Mi estimacion me interesa
 mas que quanto hay. El no es cosa

mia; allá se las avenga.

Que vaya desnudo, hambriento,
 roto, y lleno de laceria,

que consuma en un solo día
 lo que le dñ para treinta,

y que haga necesitado
 alguna accion baxa, y fea,

que me importa á mí ni soy
 su madre, ni su parienta;

culpa es suya. Vaya hablemos
 de algo que á usted le divierta.

Nic. Pero porque ha de ser eso?

Ea bastan para su mesa
 diez pesos al mes, que al día

sale á mas de una peseta?

Felic. Si bastarán, y si no
 que se ingenie como pueda.

Para vestirse no faltan
 arbitrios. Que vaya á esas

casas de juego, y se aplique,
 ó que haga lo que le enseñan

otros tan abandonados como él.

Nic. Pues qué, tu quisieras
 que se echase á bagamundo?

Felic. Ha de suceder por fuerza:
 un hombre jóven, ocioso,

sin casa, empleo, ni renta,
 se puede decir, que hará,

sino arrojarle á vánderas
desplegadas á los vicios?
Yo harto le tuve las riendas
hasta aquí, pero ya estoy
cansada, y me hallo resuelta
al nuevo estado. Deseo
gozar del Mundo. Soy vieja
por desdicha? Quiero hacer
lo mismo que usted me enseña.
Señor hablemos de cosas alegres.

Nic. Tu me atormentas
con lo que dices de mi hijo.

Felic. Oh bueno! Si usted se entrega
á la tristeza quando hablo
solo porque se divierta,
qué culpa tengo yo de eso?

Nic. Mucha, pues tú me recuerdas
que yo... Tus palabras son
las que hacen que me entristezca.

Felic. Ah Señor! que mis palabras,
no causan esa tristeza
en el corazón de usted.

Nic. Pues sino, quien?

Felic. Su conciencia.

Nic. Qué delitos he hecho yo?

Felic. Le parece á usted que tenga
disculpa alguna el de haberse
descuidado que se pierda
un hijo por adular

á una madrastra soberbia,
y ambiciosa? Usted no sabe,
que oprimida la inocencia
de ese hijo clamará siempre

venganza al Cielo, y la Tierra
contra ella, y contra usted mismo?

Y dígame usted. Si llega,
viéndose desesperado,
á elegir la enorme senda
de una vida licenciosa,

quién será la causa de esta
perdición, y este abandono?

quién merecerá la pena
de sus delitos? usted;

que por su mucha prudencia
siempre fué estimado, y ahora
es muy posible que muera,

por una muger altiva,
interesada, y perversa?

llo de remordimientos,
de angustia, rubor, y afrenta.

Basta; no quiero afigirle
á usted con palabras serias:

cosas alegres, Señor.

Nic. Feliciano, me penetra
el corazón lo que dices.

Ya estoy viejo. Escucho cerca
las horrosas pisadas

de la muerte, y me amedrantan;

por caridad á lo menos
dime todo quanto sepas.

Felic. Conoce usted á su esposa?

Nic. La conozco.

Felic. Quanto apuesta
usted que no la conoce?

Nic. Pues si es mi muger, no es fuerza?

Felic. Y quanto ha que es su muger?

Nic. Un año

Felic. No bastan treinta
para conocer á fondo

á una muger. Es perversa
y usted la juzga inocente:

No ha llegado á conocerla.

Nic. Vamos: dexame: Bien sabes,
qué la quiero. Su modestia,
y su amor son mi deleyte.

No hables de eso, que me inquietas.

Felic. A la verdad no debía
introducirme en materias
semejantes. Es seguro

que mi amor es quien me alienta,
que he nacido en esta casa,

que mi gratitud venera
en usted un Padre, pero

aunque todo esto así sea,
que me importa que mi amo,

á pesar de mi advertencia,
se dexé engañar por una

muger falsa, y lisongera,
que ahora le haga mil alhagos,

y que después, quando vuelva
las espaldas, le maldiga;

Nicasio reflexivo.

que muestre amarme, y no vea
la hora de que le dé un mal

repentino en que se muera;

que le eche de casa el hijo
legítimo, porque pueda

enriquecerse el hijastro;

que en atención á esta idea
le obligue á hacer testamento

para asegurar con estas
presunciones su fortuna,

y apresurar la carrera
de la muerte al pobre anciano

D

bien

bien hechor? qué me interesan
á mi estos asuntos? nada.

Ni el bien, ni el mal que suceda
son para mi bien, ni mal.

No quiero pensar si quiera
en esto. Hablemos de cosas
alegres, que nos diviertan.

Nic. Ah Feliciano! no mas
cosas alegres; tristezas,
dudas, y calamidades

se han de tratar. Con que piensas
que otorgado el testamento
deseará que me muera?

Felic. Esta es la pura verdad.
Pero dexemos funestas
reflexiones: divirtamos
el poco tiempo que queda.

Nic. Como? si me asegurase
de lo que dices, hiciera,
antes de acabar mi vida,
la resolucion mas cuerda.

Felic. Y qué agravio le hace usted
á su esposa en dudar de ella
por poco tiempo?

Nic. Ninguno.

Felic. Pues dudemos hora, y media,
que esto basta para ver
la solidez de mi tema.

O será una muger noble,
agradecida y perfecta,
y yo miento en ese caso,
ó será una lisongera
engañosa, y hace usted
lo que mejor le parezca.

Nic. No dices mal; pero como
puedo yo hacer esa prueba.

Felic. Escuche usted. Es preciso:
pero llaman á esa puerta.

Nic. Quién será?

Felic. Conviene abrir.

Nic. Y nuestra precaucion?

Felic. Queda suspendida para luego.

Nic. Escondete en esa pieza
de mi abitacion, que hay nadie
es facil que verte pueda.

Felic. Aviseme usted si acaso
hay peligro. El Cielo quiera
que yo consiga llevar
al dichoso fin la empresa.

Nic. Válgame Dios! yo me veo
en un lago de miserias.

Si fuese verdad, que::: no,
yo espero que no lo sea.

Qué quieres?

Sale Nicol. El Escribano
dice, que cavié usted apriesa
el contraste de los novios.

Nic. Contraste? qué dices, bestia?
Nicol. Me parece que lo ha dicho
asi, ah::: no::: yá se me acuerda.
La escritura de los trastos
matrimoniales,

Nic. Eh, lengua de papagayo,
dirá la escritura.

Nicol. Y mi ama ordena
que la envíe usted la carta de dote.

Nic. Iré á recogerla.
que está en mi estudio.

Nicol. Si manda que se la lleve yo.

Nic. Espera hay fuera,
y la llevarás.

Nicol. Muy bien está.
Espero hay fuera.

Nic. Vamos á saber ahora
lo que prevenirme intenta Feliciano.

Sale Felic. Se ha ido yá?

Nic. Si, y paro entremos en esta
pieza separada, donde con mas
seguridad puedas instruirme.

Felic. Vaya usted
delante, y deme licencia
de decir una palabra
á un hombre, que en la escalera
interior me está esperando.

Nic. Y quién es ese hombre?
apenas respiro.

Felic. Un criado del Notario.

Nic. Todo me altera. Te conoce?

Felic. No Señor.

Nic. Pues anda, y no te detengas.

Ah! si yo á saber llegase
tal maldad, tal insolencia:
pero no, no será cierto.

Felic. Damian, entre usted.

Sale Dam. Va buena
por la interior disfrazado.
la trama?

Felic. Famosamente:
vaya usted con diligencia,
y dígame á Don Fernando,
que vea de hallarse cerca
de aquí para introducirse
siempre que avisado sea,

y a Don Alberto, y su hija
hágales usted la misma
prevención, porque me ayuden
quando lo pida la urgencia.
Dam. Y de mí no se habla nada?
Felic. Que he de hablar de usted?
Dam. Quisiera:—
Felic. Si es verdad que usted me quiere
me lo dirá la experiencia.
Dam. Qué experiencia?
Felic. Nada, solo
digo que usted se prevenga.

vase por el foro.
Dam. Que prevención. Siempre me
hallo prevenido á quanto quieras.
Sale Nic. Buen hombre:
Dam. Qué manda usted?
Nic. De usted al instante esta
carta á su amo, y perdone.
Voy á saber la evidencia.

vase por el foro.
Dam. Que yo se la de á mi amo?
el me ha conocido. Es fuerza.
Pero cómo? no lo entiendo.
En fin, sea como sea,
se la llevaré á mi amo,
y cumplo lo que me ordena.

vase por lo interior.
Sale Nicol. Me hacen volver
por la carta. Señor, Señor.
Sale Isab. Qué voceas?

Nicol. Daria yo gritos,
si lo supiera?
Isab. Ay dentro estará buscando
la escritura; mas la puerta
está cerrada.
Nicol. Será

porque el demonio se vuelva.
Isab. Nicasio? qué puede haber
sucedido? el nunca cierra
su aloba. Nicasio? en casa
por ninguna parte suena;
válgame el Cielo! si habrá
baxado por la escalera.

Nicol. O tambien habrá baxado
por la ventana.

Isab. Que fuera
que le hubiese acaecido
algun accidente. Acerba
muerte de un misero anciano,
no malogres mis ideas.

Baxa, Nicolás, y mira,
si por qualquier contingencia,
ha salido. Observa bien
si su hijo le ha hablado y piensan
urdirme alguna traycion.
El escribiente. (ah sospechas!)
No está aquí: temo un engaño.
Ve presto, no te detengas.

Nicol. Voy presto, y no me derengo vas.

Isab. Yo puedo entrar á esta pieza
por otra puerta, pues llevo
conmigo la llave de ella.

Infeliz de mí! yo estoy
de mil sobresaltos llena. *vase.*

*Va á salir por la puerta interior, y
sale al encuentro Nicolás.*

Sale Feliciano.

Felic. Se fué. Yo lo deseaba.

Nicol. Quien va allá?

Felic. Calla, estoy muerta.

Nicol. Tenga usted, Feliciano?
la reconoce.

Felic. Calla, no grites.

Nicol. Quisiera poderle servir,
mas temo al vomito.

Felic. No lo temas:
toma este dinero y calla.

Nicol. Pues que con él se remedia
la gana de vomitar?

Felic. Todo remedio se encuentra
en él: dexame ir, y nadie
que aqui me has hallado entienda.

Nicol. Pobrecilla! dá dinero:
preciso es favorecerla
por caridad: anda vete.

Felic. Ya he logrado mis ideas. *vase.*

Nicol. Aqui hay algun envoltismo:
mas qué importa? como tenga
esta bolsa algunos pesos,
de lo demás no me pesa. *vase.*

*Alcoba con cama cerrada de cortina-
ges en que estará Nicasio sin verse:*

*Bufete, y sillas, sale Isabel abrien-
do la puerta:*

Isab. Nicasio, esposo? no está
ni aqui, ni en toda la casa.

Infeliz de mí! tal vez
le habrán hecho que se vaya
por malograr mis ideas.

Me parece que en la cama
sin duda. En ella vestido *descorre.*

le veo, y tal vez descansa.

Si dormirá. Despertarle quiero, y que me dé esta carta. Nicasio. Muerto está. Triste de mí! Muger desgraciada! algún accidente ha sido de este trastorno la causa. Oh que golpe tan terrible! murió antes de que otorgara el testamento.

llora recia.

Salte Don Tadeo.

Tad. Señora, en efecto, usted no halla la escritura!

Isab. No la encuentro: pero en igual circunstancia no se puede hacer sin ella?

Tad. La haremos sin ella: quanta es la suma de su dote?

Isab. Seis mil ducados.

Tad. Bien. Falta

que á mi me lo diga en voz su esposo de usted.

Isab. En la cama está.

Tad. Qué hace? duermes?

Isab. Temo que sobrevenido le haya algun mal.

Tad. Mal grave? *Isab.* Puede.

Tad. Se ha muerto?

Isab. No será tanta mi desdicha. Y en tal caso, dígame usted, se quedaba sin hacer el testamento?

Tad. Por fuerza.

Isab. No: él siente y habla.

Espre usted, que le voy á preguntar en voz baxa si gusta de que se lea esa minuta empezada, y que se concluya el todo.

llega á la cama.

Tad. Bien: á fé que esta no es rana!

Isab. Dice que se siente malo, que quiere ver efectuada la obra de su testamento por si acaso el mal le agrava. Estos cien pesos me ha dado para que tomeis mañana, en su nombre, el chocolate.

Tad. Ahora solo nos faltan los testigos. Mínde usted que la escribanía traigan.

Isab. Y donde los hallaremos? mis criados deseará

que no tuviesen que hacer en esto. *Tad.* Yo iré á la Plaza, y los traheré.

Isab. No quisiera que los que usted encontrara fuesen como muchos que hay, que se arriman á la cama del enfermo, y le distruen.

Tad. No recie usted de nada.

Isab. Que se finalice todo.

Ah! si, mi esposo me acaba de decir que determina, que á favor de usted se haga un legado de mil pesos.

Tad. Bien.

Isab. Vuelva usted sin tardanza.

No es lo peor haber dado con un hombre de ordinaria facilidad, de experiencia en el caso que se trata, y pronto al interes. Creo que ha entendido la sustancia de mis ideas: y que quando algun peligro haya, sabrá remediarle. Temo, sin embargo, que la carta de dote no haya quedado del todo finalizada, y quiero en el testamento asegurarme, y citarla.

Salte Felix.

Fel. Buenas noches, madre.

Isab. Felix,

hijo mio, donde estabas?

Fel. Mamá, estaba enamorando á mi novia Doña Luira.

Isab. Enamorándola? dónde?

Fel. Debaxo de su ventana.

Isab. Cómo? te hablaba tal vez desde el balcon?

Fel. Sino estaba, como me habia de hablar? pero anduvo por la sala paseandose un gran rato, y la avisó la criada de que yo estaba alli.

Isab. Tonto, de hay no esperes lograr nada. Yo te daré novia.

Fel. He visto que tambien Fernando entraba alla.

Isab. Peor.

Fel. Yo me hubiera estado de aquí á mañana debaxo del balcon ; pero al mismo tiempo regaban los tiestos, y me llenaron de pies á cabeza de agua.

Isab. No conoces que se burlan de tí? no ves que te tratan injuriosamente.

Fel. Madre, usted es muy tonta. En sustancia quiero dar las buenas noches al vicio, é irme á la cama.

Isab. Pobre mentecato! pocas tendrá ya, buenas, ni malas.

Fel. Por qué?

Isab. Porque ya se muere.

Fel. Se muere!

Isab. Poco le falta.

Fel. Y diga vmd. madre, quando muere alguno en una casa,

no se acostumbra llorar?

Isab. Es precisa circunstancia.

Fel. Quando lloramos nosotros?

Isab. Quando las visitas vayan viniendo al pésame.

Fel. Pues avíseme vmd. que lo haga en siendo tiempo.

Nicol. Sale Nicolas.

Isab. El Señor Notario.

la escribanía, y que traigan

Fel. Que tiene

que hacer el Notario en casa?

Isab. Acabar el testamento

de tu padrastra.

Fel. Pues qué habla

después de muerto?

Isab. Maldito

mira tu interés, y calla.

Fel. Yo callaré. A todo el mundo

se lo he de contar mañana.

Sale Don Tadeo con algunos personajes,

Isab. y Nicolas con luz y escribanía.

Tad. Muy bien, Señor Don Tadeo.

Isab. Soy hombre de mi palabra?

Tad. No espere menos.

Fel. Ya tiene usted quanto deseaba:

tres testigos hay aqui.

Isab. Yo que soy la interesada,

se me obligación, Señores,

Tad. Retírese usted á otra sala

á fin de que el testador diga su voluntad clara, y libremente, que luego leeré á todos en voz alta su resolución.

vase á la Cama con la escribanía y los testigos, llevando uno de ellos la luz, é Isabel se retira á un bastidor.

Isab. Aqui me quedará retirada: ven, Felix mio.

Fel. Señora, esta gente está borracha. Con un muerto, ú moribundo quieren andarse en chuladas?

Isab. Calla, que aun no ha muerto.

Fel. Dice usted que poco le falta.

Isab. Puede hablar.

Fel. Un Escribano hará hablar á la tarasca.

Isab. Mejor fuera, mejor sería que tu te murieras y no hablaras.

Fel. No quiero, que no podría despues casarme con Laura. Y diga usted, donde se hace testamento no se masca?

Isab. Por qué lo dices?

Fel. Porque se me pegan las quixadas de hambre, vamos á cenar.

Isab. Pues no te ibas á la cama?

Fel. Para cenar luego.

Sale Tadeo.

Tad. Aqui consta todo lo que manda nuestro testador.

Isab. Tan pronto?

Tad. Es que habia adelantada alguna cosa. Señores, oigan ustedes.

Isab. Mi alma se altera. Y yo podré oír?

Tad. Señora, quien lo embaraza?

Lee. El Señor Don Nicasio Brito, hallándose perfectamente sano de cuerpo, y entendimiento, considerándose hombre mortal ha hecho, y hace el presente testamento nuncupativo, que se nombra sine scriptis.

Fel. Sine scriptis? madre mia, es morisma esta palabra?

Lee. Tad. En quanto á su sepultura se remite á la voluntad de su heredero universal.

Fel. Ese soy yo.

Isa-

Isab. Se supone. Calla por Dios, que me enfadas.

Tad. Por tazon de legados.

Isab. Ha dicho que no quería hacer legados, ni mandas.

Lea usted á quien instituye por su heredero.

Fel. Ayle escarba.

Tad. En todos sus bienes, presentes y futuros, acciones, razones y derechos, instituyó, é instituye, nombró y nombra al Señor Don Fernando Brito, su hijo legítimo, y natural.

Isab. Cómo?

Tad. No lo entiende usted? pues esto bien claro habla.

Lee. Al Señor Don Fernando Brito, su hijo legítimo, y natural.

Isab. Esa no es la voluntad de mi esposo, usted se engaña.

Tad. No me engaño, y sino cree usted lo que digo, vaya y pregúnteselo á él.

Isab. Habrá traición mas villana?

Mi esposo me nombra á mí por su heredera.

Tad. Aquí cantan los testigos.

Isab. Son testigos falsos.

Tad. Mire usted como habla.

Isab. Y usted es un embustero engañador.

Fel. Que entruchada!

Tad. Yo digo la verdad.

Isab. Dice usted cosa muy contraria.

Tad. Eso es cierto.

Isab. Eso es mentira.

Tad. Eso envidia.

Isab. Eso falacia.

Tad. Y si no que lo confirme:-

Isab. Quien?

Salé Nic. Yo solo.

Salé de entre las cortinas.

Isab. Estoy sin alma.

Nic. Yo lo confirmaré.

Fel. Bueno! Repentinamente sana, y enferma.

Nic. Señora, yo

la doy á usted muchas gracias por su amor.

Isab. Nicasio mio:-

Nic. Apartate; muger falsa.

Salé Felic. Poco alboroto, señores

y escuchenme dos palabras, que ahora me toca á mí hablar.

Nic. Ah querida Feliciano, dónde está mi hijo?

Felic. Señor, esperando con mil ansias la deseada licencia

de besarle á usted las plantas.

Salé Fern. Ah querido padre!

Nic. Ah tierno

pedazo de mis entrañas.

Mi único heredero eres;

Señor Notario mañana

se entenderá el testamento,

y tu muger siempre ingrata,

viuda que espera llorar

quando las visitas hayan

venido al pésame, antes

de que llores la desgracia

de este viejo seducido,

vete á llorar á tu casa

tu desdicha, y las resultas

de la traición declarada.

Isab. Dame mi dote.

Nic. Qué dote?

Isab. Seis mil ducados.

Nic. La carta quedó sin formalizar,

y la anulo.

Isab. Suerte infausta!

Salé Alberto y Damian.

Alb. Don Nicasio, usted perdona,

que con franqueza tan amplia

entre aquí. Todo lo he oído,

y é muy bien lo que pasa.

Quántas copias hay de aquesta

carta de dote?

Nic. Esa, y nada mas.

Alb. No tiene usted mas que está

pues ahora quiero rasgarla

Isab. Detengase usted.

Alb. Señora;

ya está en todo rebocada,

y yo de su groseria

he tomado así venganza.

Isab. Ah hombre cruel!

Nic. Pero cómo

fue á poder de usted esta carta?

Dam. Usted me la entregó á mí,

y yo á mi amo. Esto es en plata.

Nic. Y yo creí que á un criado

del Notario la entregaba.

Isab. Todo es contra mí. Señor

Don Tadeo, pues tan clara

ve usted mi desdicha, aquellos
cien pesos:--

Tad. No me los daba
usted en nombre de su esposo?

Nic. He entendido quanto basta,
de usted son Señor Notario
porque son míos; no en paga
sino en premio de la mucha
sinceridad que usted trata.

Tad. Quedará usted persuadido
de que si ayudé á una traza
licita, fué aconsejado...

Felic. Si señor, de Feliciano.
Toda la invencion fué mia,
porque se desengañara
usted, porque conociese
una verdad ignorada,
por asistir á un buen hijo,
por recuperar mi fama,
y por corregir tambien
la impiedad de una madrastra.

Nic. Ah Feliciano! tu sola
mi triste vida restauras.
Tu me haces llorar de gozo,
y ternura.

Felic. Eso me espanta.
Para ahora es la alegría:

Lo bueno á todos agrada,
usted se casó segunda
vez con que no será estraña
cosa, que tambien los mozos
lo hagamos por humorada.
Fernando, y yo deseamos
casarnos, y solo falta,
que usted nos dé su licencia
que nos favorezca, y haga
el papel de medianero.

Nic. Si, amados, con toda el alma.
Te reconozco por hija;

tu virtud tal premio alcanza.
Isab. Ay, ay tiraban las líneas
de esa inocente muchacha.

Felic. Mi amo me cede á su hijo,
y para casarnos falta,
que yo le traiga mi dote:

Isab. Tú, que dote?

Felic. La tardanza
no será mucha. Ya vuelvo.

Isab. Sufrirás ver desdichada,
mi bien, á la que adoraste,
en desdicha tan estraña?

Nic. Ah traidora! Me has vendido.

vase.

Salen Feliciano y Doña Laura.
Felic. Señores, esto remata
la funcion. Este es mi dote.

Esta es mi Señora Laura,
y este doy por dote á mi amo,
porque se muy bien que se aman.

Nic. Pero:--

Felic. No hay pero usted propio
me ha cedido á su hijo para
que sea mio, desde ahora
sino yo nadie en el manda,
con que se le puedo dar
á quien me diere la gana.
Y pues ya es mio, yo quiero
regalarsele á esta dama
que es digna de él por su sangre,
por su mérito, y crianza.

Felic. Mi madre, y yo hemos quedado
lo mismo que en una caja.

Nic. Ah heroica muger!

Alb. Amigo,
si usted quiere que efectuadas
queden estas bodas, yo
soy contento de aprobarlas.

Nic. Y yo tambien, pues en ellas
sé quanto mi amistad gana.

Felic. Y usted Señor?

Fern. Ah! tu sabes
todos los fondos de mi alma.

Felic. Y usted señorita?

Laur. Fuiste tu
el movíl de mi esperanza
y aun lo dudas?

Felic. Por si acaso.

Laur. Siempre te viviré grata,
y ahora es menester que sea
tu virtud recompensada.

Felic. Si Señora; ya es razon
que se hable de mí, y que haya
de quedar contenta. Solo
dote, y marido me faltan.
Yo me buscaré el marido
antes de muchas semanas,
y el dote me lo dará mi amo.

Nic. Sí, quanto yo valgo
si es menester. Busca el novio.

Felic. Aquí está. á *Damian.*

Dam. Ah boca de plata.

Nic. Cómo?

Felic. Como este es un novio
que con mi estado se iguala.

Alb. Merecias:--

Felic.

Felic. Yo merezco
un hombre de bien, y basta.

Nic. Yo te daré mil ducados
y estarás siempre en mi casa.

Alb. Yo otros mil.

Fern. Yo quanto quieras

Felic. No soy tan interesada.

Isab. Triste de mí. Alegres todos,
y yo infeliz; anegada
en llanto.

Nic. Por culpa tuya
vete, y no pongas las plantas
en este sitio jamás.

Felic. Señor, suplico una gracia,
y puesta á los pies de usted
he de estar hasta lograrla.

Ya que usted me favorece
con piedad tan desusada.

(si quiera por su decoro,
quando no por otra causa)
dignese de señalar

alguna pension diaria
á Doña Isabel, segun
su decencia, y la bizarra

condicion de usted. No quiera
que una muger desdichada,
habiendo sido su esposa
viva entre miserias tantas.

Nic. Por tu ruego la destino
doscientos escudos para
su alimento en cada un año.

Felic. Esto será mientras pasa
el enojo. Usted confie.

Isab. Tan grande virtud me pasma
en una muger humilde.

Felic. Esta sea la venganza
de los ultrajes que usted
pretendió hacerme sin causa.

Jamás la guardé rencor,
pues lo que hice fué dictada
de la razon, la piedad,

y la virtud que me inflama;
y pues ya queda provado
quanto una buena criada

puede hacer á honor del sexo
de sus amos, y su fama,
el auditorio benigno

disimule nuestras faltas.

FIN.

Con licencia en Pamplona. Año de 1778.

Se hallará en Madrid: en la Librería de D. Isidro Lopez, calle de la
Cruz, frente de la Nevería.